BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

Robert-Marie Johlio

El esqueleto de un gigante

[selección de fragmentos]

Edición impresa

Robert-Marie Johlio, *El esqueleto de un gigante*

En

Robert-Marie Johlio (1998) *El esqueleto de un gigante*.
Malabo: CCHG. (pp. 10-12, 16, 34-41)

Edición digital

Robert-Marie Johlio, *El esqueleto de un gigante* (2011)
Dulcinea Tomás Cámara (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Noviembre de 2011

Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D «Literaturas africanas en español. Mediación literaria y hospitalidad poética desde los 90» (FFI2010-21439) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso

El esqueleto de un gigante
Robert-Marie Johlio

París, 7 de diciembre de 1995

Al pie de este acantilado del aire, sobre este pulido suelo de aeropuerto, me he dejado escurrir con mi maleta, nervioso y torpe, hasta el mostrador. Apenas he tenido el tiempo justo de llegar y facturar el equipaje, pues no quedaba nadie en la cola. Ya con la tarjeta de embarque, he corrido hacia la puerta indicada y, escribiéndote desde esta sala, espero la hora convenida. De un lado a otro de los altos muros geométricos rebotan voces de metal. La gente a mi alrededor reacciona y se detiene, pasea, corre, se remansa. Quiero descubrir la causa de cada uno de sus gestos, la intención de cada movimiento y me entretengo haciendo malabares con unas pocas ideas vagas. Juego a inventar destinos, lugares que visitar, nombres que descubrir… Hermanita, los aeropuertos son como dédalos inmensos donde todos venimos a perdernos, tejiendo redes con idas y venidas, vueltas y revueltas, como ardillas de aquella fábula que nos contaba la abuela. Es entretenido ver tanto transeúnte de diversa raza.

Túneles rojos, pasillos interminables, esperas. Querida Ariadna, no pierdo de vista la ventana electrónica que ilumina mi puerta de embarque, mi entrada al laberinto, este laberinto que va desde el tiempo que vivo hasta ese tiempo que sin duda habrá de parecerme imaginario, un tiempo lleno de cosas imposibles, de cosas que, como la lluvia de Borges, suceden siempre en el pasado.

Sin ser yo Teseo, en este hilo que desde ahora desmadejo, te lo iré contando todo, mi viaje al otro lado, camino de otra cosa, de otros sentidos.

***

Los grandes muros de vidrio me devuelven miles de reflejos; también mis preguntas. ¿Dónde y por qué me voy? A decir verdad, esto último lo desconozco. Sabes que entre Alberto y yo nunca ha existido una amistad particularmente estrecha. Fuimos compañeros de facultad bien avenidos, lo que tal vez ya es bastante. O es posible que, con los dos años que lleva fuera de España, le ilusione recibir una visita. De cualquier manera, a mí me ha resultado una excelente excusa para escaparme de Madrid, del agobio y de las prisas, antes de volver a buscar otro empleo, (supongo que para seguir manteniendo el mismo ritmo de compras y derroches ¡desolador!). Pero, ya ves lo que son las cosas, al mismo tiempo que reniego de mi ajetreada vida urbana, no me gustaría perderme el estreno de la última película de Trueba y me reprocho no haber grabado el Windows 95 que tenía que haber devuelto a Fernando… Abomino de esa aceleración y no puedo parar mi propia inercia, ¡patético! Me debería dar igual… Y bien, hagamos terapia de autosugestión: quiero tomarme estos días para olvidarme de todo y sacar fotos interesantes.

Ya después de que me despidiera de ti, pero sobre todo aquí, en este aeropuerto parisino, me ha aumentado la impresión de no hallarme en ninguna parte, de estar girando en torno a un centro irreconocible cuyo hueco me estuviese engullendo lentamente. Hubiera querido comprar alguna revista antes de meterme en el avión. Hojeando una en Madrid, encontré una página que hablaba sobre pigmeos y bamilekés de Camerún, sección «Los diez viajes más exóticos». Como la información no parecía muy extensa, no la compré. Sin embargo, ahora acaban de anunciarnos que el vuelo se retrasa y comienzo a lamentarlo. Como cualquier neófito que proyecta viajar a Camerún, había comenzado a leer El antropólogo inocente y me río al pensar que me espera algo similar.

Todo en orden por lo demás, desde que te dejé. Espero que en casa tampoco haya habido ninguna novedad.

***

Me doy cuenta de que mis sentidos están erizados, alerta. Demasiadas cosas que atraen mi atención me hacen la digestión muy lenta. Si no fuera porque me tomo de vez en cuando respiro para escribir, como te prometí, cada parte del día quedaría oculta por el peso de la siguiente hasta perderse de vista bajo un cúmulo de nuevas impresiones, paisajes, rostros, detalles. Es como si yo mismo me fuera disolviendo. Cualquier occidental piensa en el África negra como en una experiencia iniciática y, aunque no me gustan los tópicos, soy consciente de que mis únicas referencias de este mundo se nutren, poco más o menos, de las películas de Tarzán y de los documentales sobre la fauna. Por eso, en el entorno real que ahora estoy descubriendo no encuentro demasiados asideros. Es cierto que me interesaría descubrir si, en efecto, aquí el ritmo se lleva en la sangre, y que compraré alguna que otra máscara horripilante para demostrar mi hazaña, pero también me gustaría hablar de una manera normal con la gente normal, que pudiera mirarme ni como turista, ni como blanco, lo que no sé si en tan poco tiempo podré conseguir. La experiencia de mi amigo, que ya ha superado ese primer período de fascinación en que yo me estoy instalando, espero que me sea útil en este sentido. «Todo aquí es tan absorbente, —me ha advertido— que a los blancos más nos vale situarnos al margen».

***

Recordaba que, de camino hacia el mercado, Thomas le había conducido primero hasta la casa de Dzeusse, la curandera. Ante la puerta de su cabaña, cuyo quicio aparecía flanqueado con plantas de hojas largas, ya lánguidas, recibió la impresión de que se hubiera formado un espacio de sombra impenetrable. Sentía un ligero escalofrío al revivirlo. Cuando se adentraron en ella, no sin antes haberse anunciado mediante un saludo, descubrió a aquella señora de edad indeterminada, muy mayor, grande de cuerpo, delgada y resuelto al incorporarse de su banqueta. Les tendió la mano con extremada cordialidad. Para él aquello de visitar a una vidente no pasaba de pintoresco y sin embargo las cosas comenzaron a interesarle cuando, sin que hubiera abierto la boca sino para desear las

buenas tardes muy formalmente, la vieja Dzeusse extrajo de una estantería del cuarto una cartulina enmarcada que le mostró. En ella pudo leer que la Universidad de Yaundé le concedía autoridad científica para practicar su actividad sanadora. De antemano quería dejar zanjada con el blanco la idea de que su trabajo fuese superchería. Y adelantándose luego a sus posibles preguntas, la curandera le aclaró, como si eso lo explicara todo, que en ningún momento era ella quien podía sanar, ni predecir, ni adivinar, sino que eran los espíritus quienes lo hacían a través suyo. Le invitó a interrogarle sobre algún asunto que le preocupara y Francisco, en una brevísima introspección, como encontró que no tomaba aquello muy en serio de cualquier modo, se encogió de hombros, sonriendo. Al poco, por cortesía, añadió que, si acaso, le gustaría saber si la familia iba bien. En esto Dzeusse se había sentado al lado de una pequeña mesita y tomaba un par de maracas tejidas con caña fina. Acompañando con ellas un ritmo de inciertas canciones invocaba la presencia de los espíritus. Para conocer luego sus revelaciones utilizó, como recordaba, un curioso tubo de bambú, largo como un brazo, que, soplado de alguna manera peculiar, provocaba un sonido ora bronco y lejano como el de un cuerno normando, ora estridente y próximo como el de una burda trompeta. No, no era totalmente así, algo se le olvidaba. Primero había hecho una purificación del lugar echando unos puñados de sal y de otros polvos, rojos y amarillos, con los que había trazado círculos alrededor de aquella tabla que parecía hacer las veces de altar y que estaba cubierta con las mismas plantas que viese en la puerta. En algún momento se dio cuenta de que aquella madera cubría la boca de una tinaja enterrada. Era, sin duda, un lugar sagrado, no elevado hacia el cielo, sino hundido en el seno de la tierra, en contacto con los muertos. Luego la vidente le había, en un francés rudimentario, de manera pausada y casi dulce, que la madre ya no vivía, y que el padre, aunque se hallaba bien, echaba de menos ver más a menudo a sus hijos.

Para desvelar que un buen tanto por ciento de padres tienen deseos de reunirse con sus hijos es verdad que no hace falta mucha psicología. Ahora bien, por lo que a la muerte de su madre concernía, Francisco no recordaba si acaso había dicho algo que lo hubiera dejado entender. Por eso, algo que le pareció en un primer momento completamente fuera de lugar, cuando a su discurso sobre la unidad familiar la vieja añadió que podía también curar las enfermedades venéreas, le infundió un cierto desasosiego.

Esto no fue lo único desconcertante. Más hechos inopinados se sucedieron cuando por segunda vez Dzeusse entonó sus salmodias con las marcas. Los espíritus no debieron comunicarle nada bueno, porque a la vieja se le frunció el ceño y por un instante su rostro sereno se empañó. Para asegurarse de que lo entendido había sido correcto sopló de nuevo y, con cara de sorpresa, descubrió un poco la tapa de la cántara e invitó a Thomas a que mirase. Advirtiendo entonces que Francisco estaba allí, la vieja dio por terminada lo que debía ser la sesión turística y pidió a Thomas que se quedasen a solas unos minutos.

Francisco no supo nada más de lo que sucedió después y tampoco comprendía que le hubieran pedido salir cuando, simplemente hablando en su lengua él ya no iba a entender nada. ¿Qué secreto se ocultaba? Desde el corral delantero de la casa vio que su amigo salía de la cabaña para

dirigirse a algún lugar del cercano bosque y volver a entrar enseguida con una gallina blanca. De inmediato se persuadió de que el animal era la víctima para algún sacrificio religioso, porque lo había visto en alguna película a propósito del vudú, pero le costaba imaginarse a su comedido anfitrión, el de la franca sonrisa infantil, en un tembloroso éxtasis y dejándose bañar en sangre de gallina a ritmo de maracas. Tal vez las cosas no se hacían así y además no se oía música. Tampoco supo, aunque después del incidente que presenció más tarde pudo suponérselo, qué habían podido ver en aquella tinaja en la que, al parecer, según le señalaría Thomas, se reflejaban cosas pasadas y futuras. El caso fue que al salir, su anfitrión traía entre las manos un pañuelo anudado y pringoso. Estaba tan ensimismado que, con la mirada perdida en su interior, le dejó caer distraídamente algo que retuvo por lo incomprensible, porque parecía un mensaje cifrado:

— Recuérdame que traiga una gallina similar el primer día de luto.

Emprendían de nuevo el camino hacia el mercado, ya sin esperanza de encontrar mucha gente en él, pues la tarde caía. Con todo, a pesar de que el sol se deshacía en una paleta de tonos anaranjados, la explanada en la que se extendía el mercado de Bangang, junto con las calles colindantes, era aún el hervidero del pueblo cuando Francisco y Thomas debía pararse a cada rato para saludar a la gente. Él se entretenía ideando lo que cada frase significaba. Pensaba, así, que algunos le estaban reprochando sus largas temporadas fuera del pueblo, que otros aprovechaban para exponerle sus problemas, y que los más, según su imaginación le dictaba, hacían un repaso retórico a toda la familia. Y recíprocamente, esto le parecía bastante plausible, se interesaban por la salud.

Mientras, tantas miradas como se le posaban encima lo tenían un poco parado. No sabía si debía responder con la misma curiosidad, de una manera divertida, simpática, saludando a todo el mundo, o si convenía bajar la cabeza para no meter la pata. Finalmente, la actitud natural con que quiso dar a entender que se hallaba cómodo entre la gente resultó ser del gusto de todos, que se complacían en examinarlo de arriba abajo. Muchos le sonreían.

Era verdad que ni vestía a la manera de otros turistas, ni tenía la actitud arrogante de los blancos al uso —algunos afirmaban que era árabe, que era un falso blanco—, pero en particular lo que realmente complacía a los pueblerinos era el collar que llevaba. Sin que lo hubiera sabido hasta entonces, aquel collar que la vieja le diera en su primer paseo por Yaundé no sólo era de esta región, sino que costaba una pequeña fortuna. Los bangangueses, que desconocían la historia de aquel collar, lo habían tomado como signo de un acercamiento por parte de Francisco a la tradición del lugar.

Deshaciéndose en cálidos haces que el polvo del camino acentuaba aún más contra las nubes, la luz comenzaba a ocultarse entre los árboles. La imagen, con aquel ambiente del atardecer, le pareció lo bastante atractiva como para obtener una hermosa fotografía. Sí, fue en ese preciso momento cuando por primera vez, habiendo pedido permiso a Thomas que aún se entretenía con algún pariente, sacó su cámara, pulsó el fotómetro y vio que ya quedaba poca luz. Ajustó la velocidad, la profundidad de campo y buscó el encuadre. Situado en lo alto de una ligera pendiente veía las cabezas de la gente resaltadas por la luz del sol, los puestos de verduras a ambos lados del camino al

fondo y, más cerca de él, otros vendedores con mercancías variopintas. Todos se movían y el ruido llenaba los espacios vacíos. A su derecha un grupo de viajeros se preparaba cargando bultos sobre una furgoneta. El conjunto daba la impresión de un controlado desorden. Algo tenía que pasar delante de su objetivo, sin embargo, para disparar, algo que añadiera un poco de gracia a aquella masa ondulante de los que compraban y vendían. La toma no debía resultar monótona. Al fin advirtió que una mujer de mirada fija, con una bandeja llena de cacharros en perfecto equilibrio sobre la cabeza, se acercaba. Consideró que cuando estuviera lo bastante próxima podría sacarla en primer plano. Ella se iba acercando, en efecto, la mirada como perdida, sin reparar en él… un momento idóneo para apretar el botón…, y ella, sobresaltada al verse retratar o deslumbrada por el flash, se llevó la mano a la cara y luego ya se había desplomado, desvanecida, con un gran alboroto de cazuelas y platos de metal.

El eco del golpe percutió inmediatamente en el círculo más próximo, después en el siguiente y en el otro, hasta ser absorbido por los árboles. Las cosas pasaron a continuación demasiado deprisa o demasiado despacio. Se vio en el interior de un corro de personas junto a aquella señora caída boca arriba, que tenía los ojos abiertos, en blanco, y él con la cámara aún a la altura de la boca, estupefacto. En un instante todos, alarmados, trataban de reconstruir lo sucedido. Thomas, el único allí que no parecía extrañado, con una seriedad extrema, tal vez dando ejemplo de tranquilidad para calmar a la muchedumbre se hizo sitio al lado de la mujer, Demanú, a quien reconoció de inmediato. Tomó su pulso y advirtió enseguida que estaba no sólo muerta, sino muy muerta, fría por completo. Los rumores se alzaron hasta alcanzar el volumen de una exclamación colectiva.

Aquello carecía de explicación admisible: una persona va caminando perfectamente erguida, con todo el peso de su carga y sin dar muestras de fatiga y, de pronto, se derrumba muerta. Alguien comentó que se trataba de una de las esposas de Ganlekán, —fue la primera vez que escuchara ese nombre—, una esposa que, según deduciría luego por las explicaciones de Blondel, había heredado de su hermano, ése cuyos funerales estaba previsto celebrar. Se le vinieron a la mente aquellas palabras, ahora descifrables: «Recuérdame que traiga una gallina similar el primer día de luto», ¿acaso Dzeusse, cuando invocó a los espíritus por segunda vez, había advertido a Thomas de lo que estaba por suceder?

El problema se hubiera quedado en una muerte súbita, sorprendente pero posible, como un ataque cardíaco o un derrame cerebral fulminante, si un viejo, avanzando hacia el interior del primer círculo y señalando al cadáver, no hubiera dicho con la voz quebrada de su edad, pero clara y firmemente, esta sola palabra: «¡vampirismo!». Los lamentos se convirtieron en murmullos. Aunque en la cabeza de todos seguramente ya se hubiera dibujado, como por un resorte, la huella de la brujería, esa suposición no dejaba de implicar un profundo trastorno.

Al igual que los demás, pero desde la perspectiva de muchos siglos de historia, Francisco también buscó para sí las causas que pudieran explicar aquel fenómeno. No podía dejar de relacionarse él mismo con el incidente: el momento de hacer la foto, la luz del flash… El mercado se iba envolviendo en la noche y con ella lo imaginario, lo irracional y lo desconocido, comenzaron a

introducirse oscuramente en su cabeza, a conformar un laberinto de hipótesis en el que todas las voces se dejaban oír al unísono, un laberinto del que aún no podía salir.